



Solidaridad o guerra económica ¿Ultima encrucijada?

Aunque las analogías en la historia siempre son peligrosas, podemos decir que, en lo que se refiere a la estructura económica, nos encontramos ahora, después de tantas estatizaciones seguidas por una ola de privatizaciones, en un momento en cierta forma paralelo al que vivió la Baja Edad Media, cuando en la sociedad feudal nació el capitalismo y se abrió paso entre otras posibilidades. En el feudalismo no había propiedad jurídica y el Estado era muy débil, pero la libertad personal estaba sumamente limitada por los vínculos entre las personas. La crisis de crecimiento, determinada por la emancipación de las ciudades, los viajes, las relaciones con Oriente,

dio lugar a una nueva importancia del dinero, que desempeñó al principio un papel liberador, pues la compra y venta de tierras rompió el sistema feudal: el pequeño "señor", al vender su feudo, dejaba de depender del "señor" más poderoso y el campesino le compraba a su "señor" sucesivas "libertades", hasta emanciparse completamente.

Se abrían entonces dos caminos: la propiedad individual, favorecida por el resurgir del derecho romano, y la asociación, que se materializó en las Comunas, con la propiedad colectiva de las tierras de pastoreo y de algunos servicios, herencia del sector común del feudo.

Las Comunas medievales constituyen una de esas encrucijadas

de la historia en que se vislumbran (a menudo solo a posteriori) posibilidades que a veces, como en este caso, quedan frustradas, quizás justamente porque se ven con claridad solo mucho después. Libres del yugo feudal, las Comunas florecieron durante dos o tres siglos y podrían haber nos dado una historia con raíces en la asociación y la solidaridad. Eso mismo opinaba

Kropotkin. Maquiavelo decía que las "comunidades" suizas de sus tiempos, que habían sobrevivido al proceso involutivo, gozaban de una "libre libertad", de una libertad auténtica, porque se basaban en la igualdad.

Pero en las Comunas se desarrolló el capitalismo. El taller artesano, que era

algo así como una familia, se transformó en una empresa, cuyo propietario explotaba el trabajo de los demás. Y empezó la competencia. Ya Dante, al principio del siglo XIV, deploraba "la gente nueva y las repentinas ganancias" que perturbaban la vida municipal florentina. Seguramente, sus conciudadanos lo habrán juzgado un viejo retrógrado, pero él sentía cómo el capitalismo naciente minaba la comunidad municipal. El proceso desembocó en el absolutismo, que domesticó a la nobleza y conservó -congelándolo- lo que había quedado de los privilegios feudales, conciliados con la propiedad privada. Otra ocasión perdida o, mejor dicho, eliminada a sangre y fuego, fue la posibilidad que tuvo el mundo, en el siglo XVI, de abrir las puertas del futuro al comunitarismo que los descubridores encontraron en América y que, si bien tenía origen

tribal, aquí estaba -por lo que se sabe- encaminado a perdurar.

Hoy nos hallamos en otra encrucijada, pero esta vez el desafío es más riesgoso, en presencia de las armas nucleares y del deterioro ambiental.

El siglo XIX, a partir de la Revolución Francesa, ha incubado al socialismo, que ha ido creciendo en las mentes, como contrapartida del capitalismo, que se hacía gigante en los hechos. El siglo XX, que parecía el de las realizaciones, no hizo más que aclarar los términos del problema a través de la experiencia. Hay en estos días un profundo desaliento en grandes masas, que creían ver realizado, allá lejos, su sueño y ahora se encuentran con la impresión de haber perdido cien años, de haber vuelto a punto cero. Peor aún: la codicia del poder ha estropeado el socialismo en la conciencia popular. Pero en la historia no hay tiempo

perdido. Se está abriendo camino la convicción de que la tarea de construir un porvenir más justo no es delegable y se realiza al margen del poder, contra el poder.

Lo necesario y urgente, ahora, es que no prevalezcan los grandes monopolios incontrolados. La alternativa, es decir el socialismo auténtico, el socialismo libre, no ha recibido ningún golpe mortal con el derrumbe del totalitarismo soviético. Al contrario: diría que ha desaparecido un gran obstáculo que le cerraba el horizonte.

Despejado el malentendido, superado el desconcierto, quedan frente a nosotros nuevamente los dos caminos, el de la lucha de todos contra todos, que es el del estado y del capitalismo, y el de la solidaridad, que es el de la libertad y del socialismo. Puede muy bien que sea la última posibilidad de opción.

L.F.

